

CAPÍTULO XVII

RECUERDOS ÍNTIMOS

Sale el Doctor Cuervo de la vicepresidencia. — Se dedica á la educación de sus hijos. — Su vida en la casa. — Su conversación. — Sus hábitos sociales. — Su conducta con los amigos y con los parientes. — Su casa de campo. — La vida de familia en ella. — La inscripción de la puerta.

Respiró en cierto modo libre el Doctor Cuervo al dejar un cargo que tantos desabrimientos le había causado, y sus amigos le dieron plácemes cuando el 1.º de Abril de 1851 se posesionó de la vicepresidencia don José de Obaldía. El estado en que quedaba la República, relajada la fuerza moral del gobierno, conmovido hasta sus cimientos el orden social y sintiéndose ya rugir la guerra civil, no dejaba otro lenitivo al que no había podido contener el mal, que el de acogerse al silencio de la vida privada con el ánimo sereno y la conciencia tranquila. Poca sagacidad había de tener quien aguardara calma en este retiro; pero es tal el corazón humano que, al verse libre del peso que le agobia, aunque sea por breves momentos, forja luego mil escenas apacibles y lisonjeras; y por eso, como si participáramos nosotros de la misma ilusión, queremos describir aquí la

dicha de que disfrutaba el Doctor Cuervo en su casa y en el trato de su familia y de sus amigos, y que le halagaba al huir del tráfago de la política. La lucha comenzará de nuevo para él, dura é incesante hasta la muerte, de modo que en esta narración formarán como una tregua los recuerdos cariñosos de la felicidad que los buenos padres hacen saborear á sus hijos en el hogar, y que continúan de una generación á otra la frescura de los afectos y aquella fe en el bien que constituye la energía del hombre digno y honrado.

Fecundando la laboriosidad con un espíritu de orden que era ingénito en él, logró el Doctor Cuervo allegar un modesto caudal, cuyo incremento paulatino, así como el rumbo que iba tomando, pueden seguirse sin dificultad alguna en los documentos de la familia. Tan distante del despilfarro como de la miseria, sabía cumplir con las exigencias de su posición social y facilitar á su familia los goces que son asequibles en una ciudad como Bogotá. Haciendo caso omiso de que apenas había empresa útil y patriótica que él no fuera uno de los primeros á apoyar, y de que la desgracia y la pobreza hallaron siempre en su casa manos prontas á su alivio y socorro, diremos que convirtió sus esfuerzos casi con prodigalidad á la educación de sus hijos. A Luis, el mayor, le proporcionó en Inglaterra modo de seguir la carrera comercial; Antonio siguió la del foro; y á todos, desde la niñez, infundió amor al estudio y al saber. Dos de los menores, todavía en la infancia, iban,

convidados por la galantería del señor Cerqueira de Lima, Ministro del Brasil, á oír en su casa las lecciones que de buenos profesores recibían sus hijos. Cuando fueron expulsados los jesuitas (en cuyo colegio se educaban dos de nosotros), y los colegios públicos cayeron en increíble postración, resolvió dirigir él mismo en la casa nuestros estudios y para el efecto encargó á Europa los elementos necesarios. Mientras que perfecciona á Antonio en la jurisprudencia, enseña á Rufino los elementos de la geografía y gramática y da lecciones de historia y literatura á Angel y Nicolás; completan la enseñanza de éstos el señor Bergeron, notable profesor francés llevado para el Colegio Militar, el señor Touzet, á cuyos esfuerzos debe tanto en nuestro país la propagación del estudio de la lengua francesa y de la contabilidad mercantil, y don Juan Esteban Zamorra, primero, y don Manuel María Medina, después, jóvenes ambos de variados talentos é instrucción. Fuera de esto puso á sus sobrinas los mejores maestros de música, y él mismo les daba lecciones de idiomas y otros ramos. En fin era tal la atmósfera de estudio y aplicación que había en la casa, que los criados en sus horas de descanso aprendían á leer, ó á escribir y contar, siendo nosotros los maestros. Por el mismo tiempo estimuló á Antonio, franqueándole sus apuntamientos, para que escribiese el *Resumen de la Geografía de la Nueva Granada**, obra

* « Habiéndome franqueado mi amado padre sus manuscritos históricos

que colmó la falta que se notaba de un libro apropiado para esta enseñanza en los colegios; y como para que las primicias literarias de sus hijos diesen testimonio de á quién se debía en la casa el amor al saber, salió esta obra dedicada á la memoria del Doctor Nicolás Cuervo, al cual nuestro padre era acreedor de su educación y cuyas virtudes recordaba de continuo. El fin principal á que aspiraba en la educación de sus hijos era formar hombres honrados y trabajadores. Así lo expresaba en este fragmento de las instrucciones que dejó á nuestra madre al partir para Europa en 1835:

Si yo muriere, tú tienes el deber de educarlos: ponlos en una pensión ó casa de educación, recomendando con particularidad que aprendan los principios de moral y de religión, la gramática castellana, la aritmética, el dibujo lineal y una buena escritura: cuida después de que aprendan algún arte ú oficio, sea cual fuere, con tal de que tengan una ocupación honesta con que subsistir. No tengo la vana pretensión de que mis hijos ocupen puestos elevados en la sociedad, ni tampoco quiero que sigan por la carrera de la medicina ó del foro, como lo están haciendo casi todos nuestros jóvenes. La patria no necesita de muchos médicos y abogados, sino de ciudadanos

y geográficos, he hecho de ellos el presente *resumen*, que me atrevo á publicar para el uso de los niños de los campos, que no tienen un padre tan ilustrado y tan amoroso como el mío». (Advertencia puesta al principio del *Resumen*.)

laboriosos que cultiven los campos, mejoren la industria y transporten nuestros frutos á los mercados extranjeros.

No economices gasto ni sacrificio alguno para educar á nuestros hijos : vende lo más precioso que tengas, porque aun cuando no les dejes bienes de fortuna, ellos tendrán siempre lo bastante con la buena educación.

A las seis de la mañana estaba ya en pie aguardando que comenzásemos á estudiar, y sin perder de vista á los pequeños, despachaba la correspondencia con su amanuense ó escribía para la imprenta. Ni lo de madrugar era cosa de entonces, sino que, como la mayor parte de sus hábitos, databa de su juventud ; en efecto, había llevado una vida tan metódica y arreglada, que puede asegurarse que lo que hizo en su edad madura lo había hecho siempre. Así, por ejemplo, como casi nunca salía de noche, á las siete comenzaban á entrar sus amigos, y se sabía que á las ocho y media se despedían, pues nunca dejó de acostarse á las nueve, rodeado de sus hijos y dándoles la bendición desde la cama. El almuerzo, en extremo sencillo, á causa de lo delicado de su salud, y la merienda se le servían á unas mismas horas y con idénticas circunstancias. Únicamente acompañaba á la familia en la comida, que precisamente se ponía á las dos, á la cual habíamos de hallarnos todos mudados y con la compostura debida ; allí nos inculcaba, sin que cayésemos en la cuenta, el modo de conducirse en la mesa la gente culta, y nos enseñaba con su jovialidad el modo de mantener

la alegría entre los concurrentes, por más que tengamos el alma asaeteada por los pesares de la vida. Aun en los días de más amargura, al entrar al comedor su semblante se despejaba, y no se oía en la mesa nada que no fuese agradable, ni cosa que no contribuyese á aumentar en nosotros la consideración y el respeto á nuestra madre, pues nada anhelaba tanto como que la veneráramos, siendo para ella modelos de hijos, como ella lo era de madres. Jamás ni en la mesa ni en las demás ocasiones en que estaba reunida la familia, se dio lugar á la maledicencia ni á la crónica escandalosa, jamás se oyó infamar á las personas que ejercían los cargos públicos ó que defendían opiniones contrarias : cuidado que no es tan solícito como debiera en las familias, por lo cual se envenenan desde tiernos los ánimos y se ciegan en la fuente el respeto á la autoridad y la confianza en la honradez de los hombres públicos. Nosotros debemos á nuestros padres el beneficio imponderable de no haber heredado un solo odio, una sola enemistad ; los negocios desagradables, las infidelidades de los amigos nunca llegaron á nuestros oídos de niños, y se ha necesitado que la edad y el roce del mundo nos descubran algunas de las penas que ellos devoraron en secreto.

Dentro de los límites de una moderación higiénica gustaba el Doctor Cuervo de manjares regalados, afición que sin duda se había acrecentado con los viajes y el trato con personas de distinción ; así que las copiosas recetas de cocina española que nos

venían de nuestros abuelos maternos, se aumentaban con los buenos platos que se le servían fuera, y cuya descripción se complacía en hacer luego, ya por haber adivinado su composición, ya por haberla averiguado discretamente en la conversación. Nuestra madre ponía particular esmero en hacerlos preparar, y cuando llegaba el caso de una comida extraordinaria ó un banquete, era como punto de honor que todo se aderezase en la casa. Además nunca faltaba una buena provisión de vinos escogidos. En suma, siempre teníamos mesa delicada, en la cual uno ó más amigos hallaban con frecuencia cordial agasajo. Recordamos que varias ocasiones llegaba á tiempo el naturalista don Francisco Javier Matis, por entonces casi octogenario; luego que le anunciaban, dos de nosotros iban á recibirle y le conducían al lugar de honor, venerando en él al anciano pobre y virtuoso y al sabio modesto. Las más veces entraba de vuelta de sus excursiones á los cerros vecinos, y traía en un pañuelo multitud de hojas y flores; difícilmente se olvidaría su semblante apacible, su tez ligeramente sonrosada por el reciente ejercicio y su copiosa cabellera cana; de sobremesa nos hacía conocer las plantas que llevaba, y de su boca oímos la relación del descubrimiento del *guaco*, y de los peligrosos ensayos que hizo para comprobar su eficacia contra las culebras más ponzoñosas.

Tuvo el Doctor Cuervo fama de poseer el arte de la conversación y de saber agradecer en la sociedad. De estatura elevada, porte desembarazado, facciones

noblemente delineadas, ojos vivos, semblante animado y expresivo, ademanes graciosos y elegantes, metal de voz gratisimo, maneras finas sin la más leve afectación, hallaba en su variada instrucción infinidad de temas interesantes, y el conocimiento práctico de los hombres, adquirido en una vida agitada, le permitía acomodarse al gusto de cualesquiera interlocutores, amenizándolo todo con anécdotas y dichos felices y oportunos. Profesaba el principio de que más vale deber dinero que visitas, lo cual, sabido el orden escrupuloso que mantenía en sus negocios, encarece debidamente la puntualidad con que cultivaba sus relaciones; y no limitándose á meras formas y manifestaciones vanas de amistad, prestaba servicios con la mayor prontitud y delicadeza. En consecuencia, muchas familias lo miraban como de la casa; los primeros ensayos pasaderos de dibujo ó de labores femeniles eran dedicados á él; tenía innumerables compadres y ahijados, entre los cuales hemos contado algunos de nuestros buenos amigos y compañeros de aficiones literarias.

En su sentir, la decencia y el porte leal y caballeroso eran deberes imprescindibles, no sólo del hombre privado, sino más todavía del hombre público; repetía que no lo había acertado el doctor Soto al decir que la república se perdía por falta de lógica, que se perdía por falta de buena crianza. Quien recuerde los insultos, bajezas, cobardías, prevaricatos, traiciones que afean nuestra historia, sabrá apreciar cuánto dijo con esta frase, al parecer

trivial. Consonaban con este sentimiento otros dos igualmente loables : primeramente celo grande de su buen nombre, nacido del respeto á la opinión de la gente honrada, y en particular de sus amigos, de donde le venía el ser cuidadosísimo en guardar documentos y comprobantes de su conducta y en desvanecer cualquier cargo que pudiera hacerle perder la estimación de sus conciudadanos ; en segundo lugar, esmero continuo de guardar el decoro en cuanto hacía y escribía y de procurar que los demás hiciesen lo mismo en obsequio de la honra nacional*.

Nadie, como él, se desvelaba por la felicidad y la honra de sus amigos ; nadie volvía con más prontitud por ellos, aunque la defensa le acarrease algún sacrificio. Baste citar algunos ejemplos. En 1830 el general Herrán, entonces Secretario de Guerra, salió á acompañar al Libertador, cuando éste, ya sin mando, casi sin prestigio y próximo á morir, dejó á Bogotá dirigiéndose á Europa. En Honda, poniéndose Herrán de acuerdo con el Gobernador de la provincia de Mariquita el entonces coronel Joaquín

* D. José María Vergara y Vergara en el prólogo que puso á la *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva Granada* de D. José Joaquín Borda, alaba con razón la manera como el Doctor Cuervo, « con aquella cortesía y discreción que distinguían su talento » rebatió, callándolo, en la *Defensa* del Arzobispo de Bogotá lo que el libelista decía sobre ser las señoras de Bogotá mancebas de los jesuitas : « aconsejó al lector que borrarase con la pluma las líneas tales y tales de las páginas que citó ». Rasgos parecidos son comunes en sus escritos polémicos, cuando el desenfreno de la prensa no conocía límites.

Posada Gutiérrez, aceptó algunos empréstitos voluntarios para ser cubiertos á la vista por el Gobierno en la capital, con el objeto de facilitar la marcha del Libertador y de los militares que seguían con él. De esto, que nada tenía de tachable, sacó el *Demócrata*, periódico apasionado y agresivo, argumento para los más exagerados cargos ; el Doctor Cuervo salió á la defensa del general Herrán, publicando una hoja firmada por *Unos Bogotanos*, de la cual quedó tan satisfecho el agraviado, que en toda su vida conservó de ella agradecido recuerdo. Otro amigo, á quien amaba entrañablemente, se veía amenazado de gran menoscabo en sus intereses si no encontraba un abogado de importancia que lo defendiera en Antioquia : el Doctor Cuervo le dice : Yo iré ; y dejando destino y familia, va y lo salva. Más adelante veremos lo que hizo por su amigo el Arzobispo Mosquera, cuando, desterrado y perseguido, vino la calumnia á ahondar su dolor ; y cómo se gozó al ver que habia atraído á sí los insultos que antes cargaban sobre su amigo.

No era menor el tino y delicadeza que empleaba para complacer, escogiendo siempre lo que pudiese ser más agradable. En 1846 muere al regresar de Palestina el joven don Manuel I. Cordobés y Moure, á cuya familia le ligaban antiguas y estrechas relaciones, y para consolar á sus padres, en medio de premiosas ocupaciones, coordina algunos apuntes y las cartas del viajero y forma un librito titulado *La primera visita de un granadino á la Tierra*

Santa, conservando con el mayor esmero el lenguaje original, para que pudiera decirse que el autor era el viajero. Precede á la relación una breve noticia biográfica en que se hace el elogio de las buenas prendas del joven Cordobés.

Parece que hubiera tenido el don de adivinar á primera vista los que habían de ser sus amigos. Nos refería don Urbano Pradilla, el último de los que le sobrevivieron, y que fue con nosotros tan sincero y afectuoso como lo fuera con él, que esta amistad nació al día siguiente de graduarse él de doctor. Había sido uno de sus examinadores el Doctor Cuervo, que, sea dicho de paso, tenía la habilidad de hacer lucir los estudiantes; y ¡cuál sería la sorpresa del joven graduado cuando le ve presentarse en su desmantelada vivienda, para darle el parabién por el feliz éxito de su examen, y estimularlo como lo hiciera su mismo padre! Desde ese instante, nos decía nuestro anciano amigo, lleno de gratitud me sentí atraído hacia él, y ya ven ustedes que han pasado más de cincuenta años, y hoy le amo y le respeto como el primer día, gozándome en repetir que siempre encontré en él un consejero para mis dudas y un amigo en quien depositar mis penas.

Cuando moría alguno de sus amigos el primer recuerdo necrológico salía de su pluma. El mismo señor Pradilla nos decía: Al Doctor Cuervo le convidaban á todos los entierros, porque era sabido que á todos asistía, y porque las familias tenían en él un consolador.

Lo que era para con sus amigos da bien á entender cuál sería el afecto que abrigaba para sus parientes y allegados. Trataba á su numerosa parentela, que estaba esparcida en el Valle de Tensa con un cariño lleno de benevolencia, y cuando alguna vez iba á casa algún buen anciano de la familia, lo sentaba á la mesa con todo agasajo, y se complacía en abrirle campo para que discurriese sobre el estado de su provincia ó refiriera la parte que había tomado en la guerra de la Independencia. Escuchándole con atención nos enseñaba á respetarlo, y una vez que estábamos solos nos decía: Don Fulano, con su traje campesino, es tan digno de consideración como cualquiera de los caballeros que me visitan; y en seguida nos refería su vida llena de laboriosidad y honradez y la educación que había dado á sus ocho ó diez hijos, haciéndolos seguir, como agricultores, el mismo camino que habían seguido sus padres. Cada dos ó tres años acostumbraba hacer una correría por el pintoresco Valle, llevando una carga de regalos para no dejar sin su obsequio ni á la más humilde anciana, y seguido sólo de su criado, un inteligentísimo mulato que lo acompañó por más de veinte años, y que, llegado el caso, podía prepararle los platos más de su gusto. A la entrada del Valle no más comenzaban los obsequios y las exigencias para que fuese á la casa del uno antes que á la del otro. Los hijos de los parientes, por lejanos que fueran, lo llamaban *mi tío*, y ya se sabía por allá que *mi tío* no era otro que el Doctor Cuervo; los padres y los